

YHWH es mi salvación

Lectura de Colosenses 1:13-23 con comentarios del versículo 14 parte 3

La lectura y el estudio constante de las Escrituras son fundamentales, pues se nos exhorta a dedicarnos a la lectura, la exhortación y la enseñanza mientras esperamos la venida de Cristo. Siguiendo el ejemplo de Jesús y la práctica establecida en libros como Nehemías, el acto de leer y dar sentido a la palabra nos permite comprender verdaderamente las verdades espirituales. En este contexto, el estudio de la carta a los Colosenses revela realidades transformadoras sobre la persona y la obra de Jesucristo.

Es relevante mencionar que el apóstol Pablo escribió esta carta a una congregación que no conocía personalmente de manera directa. Él recibió informes a través de Epafras, quien probablemente fue evangelizado por otros creyentes, ya que el mensaje de salvación llevaba casi treinta años expandiéndose antes de que Pablo llegara a Éfeso.

El Verdadero Significado de la Redención

El apóstol Pablo declara que Dios "nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de su hijo amado, en quien tenemos redención, el perdón de los pecados". Con frecuencia, los creyentes carecen de una conciencia clara sobre lo que realmente implica esta salvación y el perdón.

La palabra griega utilizada para redención es *Apolutrosis*, que significa figurativamente liberarse o hacer libre. Literalmente, el término denota la acción de comprar de nuevo o pagar un rescate para obtener la libertad de un esclavo o cautivo. Debido a que la humanidad se había vendido voluntariamente al pecado, el enemigo poseía un derecho legal sobre nosotros, manteniéndonos bajo su esclavitud. Por lo tanto, Jesucristo tuvo

que redimirnos; es decir, tuvo que volver a comprarnos porque le pertenecíamos al enemigo.

A diferencia de las transacciones terrenales que utilizan monedas como dólares o quetzales, en el reino de los cielos el pago se realizó mediante la sangre de Cristo. Las Escrituras establecen que la vida está en la sangre, por lo que, al derramarla, Cristo entregó su propia vida como pago por nuestro rescate absoluto.

El Perdón de Pecados Como Verdadera Libertad

El perdón de los pecados no es simplemente una absolución moral o un acto en el que Dios pasa por alto nuestras ofensas. La palabra griega utilizada para el perdón, *Aphiemi*, lleva implícitamente el significado de otorgar libertad. Cuando Jesús proclamó libertad a los cautivos, estaba hablando de quebrar el dominio y la autoridad que el pecado ejercía sobre el ser humano. Fuimos liberados de esa cautividad para ser trasladados a una nueva realidad espiritual, pasando a ser posesión exclusiva de Dios.

Este acto de redención puede ilustrarse bellamente a través del libro de Rut. Cuando Booz redimió a Rut y su heredad, tomó posesión de ella para hacerla su esposa. De la misma manera, Cristo, mediante su sangre, redime a la iglesia, la hace parte de sí mismo y la prepara para presentarla irreprochable y sin tacha.

Un Cambio Radical de Señorío

Haber sido trasladados de la autoridad de las tinieblas al reino de Dios no significa que ahora gocemos de una independencia para vivir según nuestros propios deseos. Entrar al reino implica someterse integralmente a la autoridad y al dominio del Rey. Antes, estábamos bajo la tiranía del pecado, el cual nos arrastraba a desobedecer y a sufrir dolorosas consecuencias. Hoy, fuimos comprados y somos llamados a ser esclavos de Cristo por amor.

Bajo este nuevo señorío, es el amor de Dios el que nos ordena amar y perdonar a los demás. Aunque al principio pueda resultar difícil perdonar a quienes nos han agraviado, la obediencia a este mandato nos permite experimentar el poder liberador del perdón. La vida cristiana no consiste en ver a Dios como un simple asistente que financia nuestros

proyectos personales o nos bendice sin exigir compromiso. Se trata de someter nuestra voluntad a la suya, buscando constantemente agradarle y reconociendo que Él gobierna con suprema inteligencia y sabiduría.

El Incalculable Costo del Alma Humana


Para abrazar la grandeza del evangelio, es vital dimensionar el inmenso costo de nuestra redención. El Salmo 49 advierte sobre la insensatez de quienes confían en las riquezas terrenales, declarando contundentemente que nadie puede redimir a su hermano ni dar a Dios un rescate económico por él. Las Escrituras afirman que "la redención de su alma es de tan alto precio que no se logrará jamás" por medios humanos. Las riquezas del mundo entero serían insuficientes para asegurar la vida eterna y librar de la corrupción a una sola persona.

Es revelador notar que Dios no utilizó a los ángeles, querubines ni serafines para rescatar a la humanidad, a pesar de sus impresionantes niveles de gloria descritos en la Biblia. Fue absolutamente necesario que el propio Hijo de Dios encarnara y entregara su vida como sacrificio. Cuando la Biblia hace mención de la "preciosa sangre de Cristo", no se refiere únicamente a algo simbólicamente hermoso, sino a un elemento de costo inestimable e inalcanzable para la creación.

En nuestra cultura, la dignidad personal frecuentemente se mide por el nivel adquisitivo o la apariencia física. Sin embargo, a los ojos del cielo, nuestro verdadero valor radica en haber sido comprados a precio de la sangre del Cordero. Comprender este sacrificio nos blindamos contra los ataques psicológicos y espirituales del enemigo, quien constantemente intenta deprimirnos, menospreciarnos y hacernos creer que nuestra vida carece de propósito o valor.

El Llamado a Permanecer en Libertad y Arrepentimiento

Haber sido liberados a un costo tan alto nos exige una respuesta de vida coherente: apartarnos decididamente del pecado. El apóstol Pablo argumenta que, habiendo sido sepultados al pecado y resucitados a novedad de vida, no tiene ningún sentido volver a



entregar nuestros miembros a las pasiones que antes nos esclavizaban. Lamentablemente, algunas personas se rehúsan a dejar de amar el pecado y juegan con fuego, ignorando que la paga del pecado invariablemente trae muerte y destruye relaciones, oportunidades y propósitos.

El evangelio genuino, tal como lo proclamaron Jesucristo y Juan el Bautista, confronta a la humanidad con un mandato ineludible: "Arrepiéntanse para que sean perdonados vuestros pecados, porque el Reino de los Cielos se ha acercado". Este mensaje escenifica un choque entre dos reinos; ofrece paz y alianza a quienes se rinden voluntariamente a la voluntad de Dios, pero advierte sobre la inminente destrucción para quienes resisten su soberanía.

Por consiguiente, el creyente está llamado a madurar. Ya no debemos pensar como niños inmaduros o esclavos sin entendimiento, sino convertirnos en herederos capaces de comprender el corazón del Padre y administrar sus riquezas espirituales. Necesitamos abrazar el arrepentimiento, valorar en lo profundo de nuestro ser el milagro de la redención y alejarnos definitivamente de todo mal. Nuestra mayor riqueza no está en las cosas pasajeras de este mundo, sino en la eternidad garantizada por el Espíritu Santo y en la obra consumada de nuestro Salvador.

